



EPISODIO 15- DE PECADOR A DISCÍPULO

En el episodio de hoy vamos a hablar sobre la gracia y la misericordia de Jesús hacia un hombre llamado Mateo, el mismo que escribió el Evangelio según San Mateo. Antes se llamaba Leví y se cree que Jesús le cambia su nombre por Mateo que significa “don de Jehová”. Este hombre tenía como profesión ser cobrador de impuestos, un oficio muy mal visto en aquella época. Muchos recaudadores eran conocidos por ser corruptos: se les asignaba una cantidad específica que debían cobrar, pero solían añadir cargos adicionales y quedarse con el excedente. Además, prestaban dinero con intereses altísimos, algo que hoy podríamos comparar con los llamados "gota a gota".

La corrupción era tan evidente que los judíos los despreciaban profundamente. Los consideraban traidores, ya que servían al Imperio romano, el mismo que los oprimía.

Los publicanos, como Mateo, eran considerados personas impuras y, por esa razón, no se les permitía entrar en las sinagogas. Incluso, en un tribunal judío, su testimonio no tenía validez, ya que se les veía como mentirosos. Sin embargo, las Escrituras nos dicen que Jesús vio a Mateo sentado en el banco de los tributos públicos y, sin importar su oficio ni los señalamientos que eso pudiera traerle, Jesús le dijo simplemente: “Sígueme”. Ante esta invitación, Mateo se levantó, renunció a todo y lo siguió. Este acto, nos lleva a pensar en lo siguiente, probablemente Mateo ya sabía quién era Jesús. Había escuchado sus enseñanzas, visto sus milagros y, sobre todo, reconocía su propia condición de hombre pecador. Sabía que, si quería recibir el perdón de Dios y ser salvo, debía dejar atrás su antigua vida. Y lo hizo de inmediato con total determinación y poco tiempo después en señal de gratitud, Mateo le ofreció a Jesús un gran banquete en su casa, como lo relata **Lucas 5:28-29**. Invitó a sus compañeros cobradores de impuestos, otros pecadores y también a los discípulos de Jesús, ¿Con qué propósito? Con el deseo de presentarles al Salvador que había transformado su vida. Estaba seguro que sí lo hizo con él, podía hacerlo con sus amigos.

Es importante aclarar que, aunque Jesús se sentó a la mesa con publicanos y pecadores, nunca participó de sus malas prácticas ni aprobó su estilo de vida. Al contrario, su presencia entre ellos tenía un propósito muy claro: guiarlos hacia el camino de la verdad y la santidad. Cuando los escribas y fariseos quienes eran los religiosos más estrictos de la época vieron a Jesús compartiendo con personas que ellos consideraban impuras, se escandalizaron. Murmuraban entre ellos y se indignaron, convencidos de que Jesús estaba rompiendo la ley y las tradiciones de los ancianos. No podían entender cómo alguien que decía venir de parte de Dios podía relacionarse con personas “inmundas”. Y aunque no se lo dijeron

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

directamente a Jesús, sí se lo hicieron saber a sus discípulos. Pero el Señor, les respondió con lo que está escrito en **Mateo 9: 12 “Jesús les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”** Con esas palabras, Jesús dejó en claro que había venido a buscar y salvar lo que se había perdido, no a felicitar a quienes se creían justos. Para el Señor Jesucristo, los publicanos no eran simplemente pecadores despreciables, sino almas enfermas que necesitaban ayuda, sanidad y restauración espiritual.

Y es que, mientras más grave es el estado de un enfermo, mayor es su necesidad de acudir al médico. En este caso, la enfermedad no era física, sino del alma. Se llama pecado, y para la gloria de Dios, esta enfermedad sí tiene cura. Su nombre es Jesucristo, el gran Médico de las almas.

Jesús se sentó a la mesa con ellos porque vio sus corazones: hombres dispuestos a escucharlo, a reconocer su condición, a humillarse y a buscar una nueva vida. Ellos sabían que lo necesitaban. Sabían que, sin Él, no podían ser salvos. A diferencia de los publicanos, los escribas y fariseos pensaban que no necesitaban un Salvador. Se consideraban justos ante sus propios ojos, convencidos de tener una buena salud espiritual. Pero estaban profundamente engañados.

Y aunque este pasaje fue escrito hace más de dos mil años, lo que vemos hoy no es muy diferente. Aún hay muchas personas que, como ellos, se creen autosuficientes. Creen que no necesitan a Cristo, que están “bien” espiritualmente, que pueden valerse por sí mismas. Pero la realidad es otra: son las personas más enfermas del mundo, y lo más grave es que están al borde de la muerte eterna... y no lo saben. O peor aún, no quieren reconocerlo.

Y el Señor Jesús, sabiendo esto, no se quedó callado. Continuó hablándoles con firmeza y amor, y les dijo: **“Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.” (Mateo 9:13).** El Señor los llevó a comprender el verdadero sentido de lo que está escrito en **Oseas 6:6:** “Misericordia quiero, y no sacrificio.”

Aquellos líderes religiosos cumplían con los rituales del judaísmo, pero sus corazones estaban endurecidos. Eran fieles a la letra de la ley, pero habían perdido la misericordia a los demás. No mostraban compasión por quienes realmente necesitaban ayuda espiritual. Para ellos, lo externo era suficiente; pero para Dios, no lo era. Dios no se complace en sacrificios vacíos ni en apariencias religiosas. Él busca corazones que reflejen Su misericordia, que actúen con compasión, tal como Jesús lo hizo. Y cuando nosotros mostramos misericordia a los demás, especialmente a los que el mundo desprecia, entonces Dios también tendrá misericordia de nosotros.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

La segunda parte de este versículo resume la misión u objetivo de la Venida de Jesús a este mundo y es llamar a pecadores al arrepentimiento. En **Romanos 3:10** dice que “No hay justo, ni aun uno” así que este llamado de arrepentimiento es para toda la humanidad, la salvación no es para los que se creen justos, sino para quienes saben que no lo son, la salvación es por gracia por medio de la fe, no por obras.

Cada persona tiene la responsabilidad de tomar una decisión: ¿Seguirás sentado en el banco del pecado, aferrado a una vida que desagrada y entristece a Dios? ¿O te levantarás, como lo hizo Mateo, dejando atrás todo aquello que te ata, para seguir a Jesús? No existe un punto intermedio. O renuncias al pecado, o renuncias a la vida eterna. Pero si decides levantarte, si decides seguir verdaderamente a Cristo, entonces recuerda esta porción poderosa de la Palabra que encontramos en **2 Corintios 5:17**: “De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

Para que lo entendamos mejor: Mateo era un traidor, un extorsionista, un ladrón, un pecador. Alguien poco probable para que se convirtiera en un discípulo del Señor. Pero Jesús lo miró con misericordia y transformó su vida por completo. Aquel cobrador de impuestos se convirtió en apóstol, en testigo de su gracia, el autor del evangelio de San Mateo. Su pasado quedó atrás, y lo mismo puede suceder contigo: pasar de pecador... a siervo. De esclavo... a hijo. De perdido... a heredero del Reino. Así que confía en Jesús como tu Gran Médico. Él es el único que puede sanar tu alma, perdonar todas tus iniquidades, sanar tus dolencias y rescatar tu vida del hoyo. Hoy, Él te llama. Levántate... y síguelo.

Cuando das ese paso de fe, Dios comienza algo nuevo en ti. Lo que antes era oscuridad se convierte en luz, lo que antes te ataba se rompe, y tu vida empieza a reflejar el poder transformador de Jesús. Así como Mateo dejó atrás su antigua vida para seguir al Maestro, tú también puedes levantarte hoy y comenzar de nuevo. Eso sí, luego de tomar esta decisión asegúrate de presentarles a Jesús a todos tus familiares y amigos que también necesitan saber que Cristo vino por todos aquellos que reconocemos que necesitamos de un Salvador.

Querido oyente, permite que este mensaje no se quede solo en tu corazón. Comparte la Palabra del Señor, ayuda a otros a conocer a Cristo, para que ellos también puedan levantarse del banco del pecado y seguir al Salvador.

Si esta enseñanza ha sido de edificación para tu vida, te invitamos a apoyarnos compartiendo este mensaje con las personas que Dios ponga en tu corazón. Que la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo esté contigo y con tu hermosa familia.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Te invitamos a visitar nuestra página web: “**yjesusdijo.com**”, donde podrás encontrar todos nuestros episodios, así como también en nuestro canal de YouTube. Recuerda: **¡Si Dios está contigo...es suficiente!** Bendiciones.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**